

Prefacio

Cuando en 2006 me encontraba trabajando en San Pedro de Atacama como responsable del programa de salud mental para la comuna, el Dr. Mark Hubbe (Director del Museo Gustavo Le Paige hasta mediados de 2013), quien ha desarrollado una parte importante de su investigación en el área de la Antropología biológica, extendió una invitación para una exposición en que se describían los últimos conocimientos adquiridos por la ciencia respecto de la evolución de la especie humana, explicando dicha evolución a través de 6 millones de años; pero la charla pretendía algo más que una descripción antropofísica, pues instaló en el auditorio la compleja pregunta “¿cuándo nos hicimos humanos?”, cuestión que apunta a la esencia de lo que podemos entender como naturaleza humana.

Si bien esa pregunta se enfocaba más bien a determinar en qué momento nos sepáramos de nuestros primos hermanos más cercanos (Chimpancé y Bonobo), constituyéndose nuestra Subtribu *Hominina*, también colocaba alevosamente sobre la mesa la inquietante cuestión respecto de qué capacidades podrían con claridad ser diferenciadas entre ambas subtribus para identificarlas con propiedad como específicamente humanas, dejando instalada la realidad de que tanto el lenguaje como la cultura, muchas veces sindicadas como capacidades exclusivamente humanas, no sólo son capacidades observadas también en nuestros primos hermanos, sino que a su vez en otras especies muy diferentes al Orden de los primates.

Ante la pregunta planteada, en esa exposición di mi opinión pretendiendo esbozar la respuesta, frente a la que hubo

un espeso silencio y un posterior traslado de la concentración a una pregunta de la audiencia que desvió el tema hacia aspectos más arqueológicos de nuestra evolución.

Entonces comprendí la importancia que reviste la exposición y difusión de una respuesta a dicha cuestión, a la vez que especificar aspectos que complejizan aún más esta pregunta inicial, complejidad que queda de manifiesto en su cualidad “tridimensional” al exigir la integración de 3 vertientes de la evolución humana:

- una que ayude a clarificar en qué momento de la evolución surgió la Subtribu *Hominina* (de la que surge el *Homo sapiens*);
- otra que nos dé mayores luces respecto a cuándo el ser homínido comienza a ser humano en dicho proceso evolutivo;
- y una tercera que especifique en qué momento de su propio ciclo de vida el individuo capaz de ser humano comienza a serlo en propiedad.

Y es que cuando atendemos el hecho de que otros animales no hayan sido capaces de avanzar tecnológicamente como lo hicimos nosotros, las cuestiones respecto de la naturaleza humana cobran especial interés.

Entonces, más allá del momento preciso en que comenzamos a transitar una ruta evolutiva diferente a la de los chimpancés y los Bonobos, más importante que encontrar el eslabón perdido, es la comprensión de la verdadera naturaleza humana la que nos puede explicar mejor nuestro particular origen. Así, preguntas tales como ¿qué ocurrió en el desarrollo evolutivo filogenético que nos hizo seres humanos?, y profundizando un poco más, ¿basta para un individuo pertenecer a nuestra especie para ser considerado

humano?, complejizan significativamente esta cuestión pues trascienden el campo evolutivo filogenético hacia otros dominios propios del desarrollo de procesos evolutivos complementarios de tipo ontogénico, es decir, que en forma directa no son parte de la carga genética, sino que ocurren durante el transcurso de nuestra vida.

De esta manera, si bien algunos animales poseen todas las características usualmente consideradas como esenciales en la diferenciación del ser humano, podemos concluir que existen fundamentalmente 2 de ellas cuya particular articulación permite identificar de manera inequívoca a nuestra especie: el lenguaje complejo y la autoconciencia de orden superior (recursiva)

Debido a la gran importancia que tienen estas características en la búsqueda de la comprensión de la naturaleza humana, es que este libro pretende precisar cómo es que ambas surgen e interactúan en el proceso de desarrollo del *self*, a la vez que de convertirnos, para bien o para mal, en los humanos que somos hoy día.

Asimismo, el articular este conocimiento, el establecer con claridad los hitos que nos definen como especie, el definir operacionalmente nuestra naturaleza humana, significa también accionar un punto de inflexión que pretende cambiar parte importante de los fundamentos que sustentan la forma en que los seres humanos actuales nos auto-observamos y auto-definimos, de manera que logremos comprender y actuar en consecuencia frente a la necesidad de internalizar el eje de la reflexión recursiva, cuyo proceso suele estar enfocado en una dinámica externa, tanto respecto del origen de los fenómenos con los que interactuamos como de las consecuencias que tienen nuestros actos, facilitando,

de paso, la internalización y fortalecimiento de la auto-responsabilidad en nuestro paso por el planeta.

Pues bien, como dicho proceso de reflexión posee un fundamento tanto biológico como cultural, a su vez se evidencia la obligación de internalizar el hecho de que no sólo el ecosistema depende de nuestro actuar hoy, sino también, de manera fundamental, el devenir de la evolución de nuestra propia especie.

Como se podría suponer, para que estas respuestas fundamentales puedan ser explicadas de mejor manera, el texto recoge e integra conocimiento básico y aplicado proveniente de diversas áreas de nuestro saber, tales como la Física, la Química, Biología, Astronomía, Paleontología, Arqueología, Antropología física/cultural, Teología, Literatura, Sociología, Psicología, entre otras, atendiendo nuestra historia evolutiva en 2 sentidos temporales; uno que desciende desde el inicio de nuestro planeta hasta el big bang, pretendiendo explicar nuestros orígenes físico/químico/biológicos, y otro que asciende evolutivamente desde el origen de la Tierra hasta nuestros días, pasando con más detalle por nuestros 7 millones de años de historia homínida.

Pero también existe otra dimensión temporal, que es en la que se desarrolla la ontogenia propia del ciclo vital de cada individuo, contemporánea a su propia auto-observación, cuyo análisis es de vital relevancia para comprendernos como individuos que en realidad en un comienzo somos engendrados como organismos que tenemos la capacidad de ser humanos, cualidad que solamente será obtenida una vez que logramos actualizar las capacidades filogenéticas que nos aporta nuestra especie, no antes. En consecuencia, podremos comprender que dependemos de nuestra propia

capacidad de auto-responsabilizarnos de nuestros actos, redirigiendo nuestro curso de acción hacia estándares más armónicos de acoplamiento con nosotros mismos, entre nosotros y con el medio ambiente que formamos parte.

De esta manera, también el libro expone cómo es que el ser humano ha articulado los aspectos de su naturaleza en el proceso de acoplamiento con su medio ambiente, dejando en evidencia la falta de habilidad y/o madurez para lograr que este acoplamiento resulte sustentable, destacando la fundamental injerencia del altruismo biológico como un factor imprescindible para que dicho acoplamiento no persevere en la tendencia depredativa y ecocídica que ha venido desarrollando hasta ahora.

Un aspecto clave que desarrolla el texto es el concepto de recursividad, pues, gracias a su comprensión, el lector podrá entender el proceso de advenimiento del “alma humana” desde los albores del operar lingüístico, en el que por medio de una articulación recursiva de primer orden los actores logran consensuar formas de describir objetos, hasta el logro por parte de cada actor de la capacidad de reflexionar sobre su observación de sí mismo, en un operar recursivo de quinto orden que describimos como Autoconciencia de orden superior.

Es así como, en el afán de poner a disposición argumentos científicos para comprender cómo es que surge el “alma” humana, se profundiza en la autoconciencia de orden superior como su equivalente psicológico, cuyo origen es biológico y relacional al igual que otros procesos mentales complejos que conforman nuestro sistema, explicando su génesis y desarrollo, desestimando su esencia divina y, al mismo tiempo, favoreciendo con ello la auto-responsabilización.

Para facilitar esta comprensión se distingue entre conceptos que suelen presumirse como partes de nuestra esencia humana, los que se encuentran instalados desde tiempos pretéritos y que son traspasados transgeneracionalmente en una fracción importante de las culturas contemporáneas, especialmente las occidentales, cada una de las cuales comprende el operar de éstos de una manera más o menos similar, los cuales son: Mente, Espíritu y Alma.

Pues bien, una vez contando con los conocimientos que nos permitan comprender el desarrollo de la naturaleza del ser humano, se contará entonces con la médula que permite sustentar la pretensión de poner a disposición del lector elementos que le faciliten responder muchas de las interrogantes existenciales que han acompañado al *homo sapiens* por millones de años, por medio de argumentos razonables cuyas bases explicativas se encuentran en el trayecto mismo de la evolución de nuestra especie. Así, temas de gran relevancia para nuestro autoconocimiento y guía ético/ moral, tales como la vida después de la muerte, la existencia del alma, del destino, de dios y el diablo, del bien y el mal, entre otros, pueden ser asimilados en su debido mérito, facilitando el desarrollo de un auténtico libre albedrío.

Esto último es materia de gran relevancia para los objetivos de esta obra, pues dichas respuestas no sólo cumplen un fin existencial, sino significan una gran influencia en las creencias y estructura ético/ moral que implican una profunda trascendencia para nuestra convivencia social e intercultural, ya que sustentan el proceso de decisiones personales, familiares y sociales, que en definitiva sostienen las bases de las políticas públicas y de estado, entre otras cuestiones sustanciales que han permanecido en el centro del debate ético/ social a través de siglos sin lograr un con-

senso transversal, en circunstancias que su resolución consensuada podría facilitar el adoptar medidas a todo nivel dirigidas a mejorar las condiciones en que se desarrolla la crianza y el proceso de incorporación de los infantes *sapiens* a nuestra humanidad.

Asimismo, como nuestra humanidad se origina y desarrolla en el dominio relacional, las orientaciones ético/ morales del comportamiento de los individuos que componen una sociedad determinada surgen necesariamente de ese dominio, por lo que cuestiones propias de ella naturalmente deben ser resueltas en función de sus propias dinámicas culturales, no resultando razonable utilizar criterios paradigmáticos provenientes de otros dominios relacionales como determinantes de adecuación o inadecuación, especialmente cuando dichos comportamientos se acoplen armónicamente con los lineamientos culturales imperantes en la sociedad donde surgen, pues precisamente son dichos lineamientos los que constituyen fundamento de la expresión humana en ella.

De esta forma, una vez instalada la necesidad de restablecer el eje de la autorresponsabilidad a su centro, se pretende desenmascarar el insuficiente nivel de madurez de nuestra especie, señalando y describiendo procesos culturales, éticos e higiénicos que facilitan la reorientación y a su vez permiten sentar las bases para desarrollarse y trascender desde su “adolescencia” hasta la “aduldez”, gracias a la cual podremos “recuperar” nuestro ecosistema y lograr estándares de convivencia más armónicos y sustentables.

Pero para que esta madurez se alcance en propiedad, se plantea la necesidad de lograr un sexto nivel de recursión autoconsciente, mediante el cual el *sapiens* logre auto-mo-

nitorearse con un nivel de fluidez tal que predomine su habilidad de autorregulación, actuando por su propia convicción y sentido de lo correcto, y no en función de algún premio o castigo.

Y esto es posible pues en esta sexta recursión el propio *self* es autoconsciente, logrando la observación y evaluación de sí mismo en su propia dinámica de acoplamiento, facilitando su autocontrol y, de paso, el logro de estándares de acoplamiento que reflejen en la historia del *Homo sapiens* un salto cualitativo en el desarrollo del *self*, gracias al cual trascienda hacia estadios de mayor madurez, permitiéndole el tránsito de la “adolescencia a la adultez”.

Entendiendo que este proceso de “maduración” implica una transición que demorará en llegar a dicho estándar de adultez, en circunstancias que mientras tanto el proceso ecocídico avanza vertiginosamente, el texto expone la paradoja que parece existir en los ritos de culturas cosmovisionarias, así como en técnicas de desconexión consciente que utilizan disciplinas meditativas, tales como los mantras o koans, entre otras, toda vez que dichas culturas demuestran un significativo mayor nivel de madurez en su proceso de acoplamiento social y ecosistémico. Y es que estos ritos y técnicas coinciden en generar una deconstrucción de la conciencia y del dispositivo racional común y corriente, articulación que logra una excepcional alineación con los fundamentos y propósitos de la antipoesía de Nicanor Parra, la cual opera mediante una compleja racionalidad afilada por un discurso disruptivo.

De esta forma, el libro instala la convicción de que, mientras nuestra especie logra de manera extendida aquel sexto nivel recursivo, nuestro status de madurez actual requiere de un quiebre en la estabilidad de la conciencia, gracias al

cual el sujeto logre detenerse por un momento a observar y auto-observarse, de manera que pueda autocorregirse y enmendar el rumbo si es que éste no se conduce, en lo global, por un camino sustentable.

Efectivamente, el conocimiento del conocimiento obliga, mientras que de su propio proceso autoconsciente, el *self* se autoevalúa y autorregula.

